

Génesis de la revista, un recuento personal

EDITH NEGRÍN

Una mañana cualquiera de la segunda mitad de 1987, llegué mediante un elevador impredecible al Instituto de Investigaciones Filológicas que esparcía su diversidad y exuberancia, tanto como sus macetas, por varios pisos de la Torre II de Humanidades de la Ciudad Universitaria. Quiero decir, una mañana cualquiera para los demás —investigadores, funcionarios, personal administrativo, intendentes— que por supuesto no me prestaban mayor atención; para mí era luminosa y significativa: después de una larga ausencia del país, iniciaría mis labores en el Centro de Estudios Literarios, gracias al apoyo de su coordinadora Margit Frenk.

Cuando, muchos años atrás, escribía mi tesis de licenciatura, bajo la asesoría de la doctora Carmen Millán, imaginaba que en el recinto del Centro —entonces situado en la Torre I de Humanidades— había una especie de continua fiesta donde investigadoras(es), vestidos tal vez con extravagancia, si bien desbordantes de talento, intercambiaban experiencias docentes y comentaban el último libro de Foucault mientras compartían el café. El centro que Margit coordinaba desde 1985, si bien distaba bastante de esta imagen, pues los estudiosos trabajaban más bien aislados o en pequeños grupos, ofrecía una vida académica estimulante.

De ahí mi entusiasmo cuando la doctora Frenk, emblemática estudiosa de las literaturas populares y mi maestra desde la licenciatura hasta siempre, me invitó a participar en el equipo de investigadores que discutía las posibilidades de una revista del Centro. Recuerdo sin precisión que tales reuniones, iniciadas en la Torre II, abarcaron el tránsito del instituto con todos sus centros y seminarios, más las bibliotecas de cada uno que iban a unificarse, hasta su nueva sede, en los promisorios edificios azules del Circuito Mario de la Cueva.

Aquí, en la Ciudad de la Investigación en Humanidades, en un entorno idílico donde tarántulas, ardillas y algún tlacuache aún no se acostumbraban a la presencia humana, continuaron las sesiones hasta que, en 1990, vio la luz el primer número de *Literatura Mexicana*. Sus pastas azules, su discreto diseño, armonizaban con los recién estrenados cubículos.

En estos dieciocho años la revista ha vivido múltiples cambios y avatares. Quisiera recordar las circunstancias de su nacimiento, que en mi

caso representó el valioso aprendizaje de un trabajo colectivo hecho a conciencia.

Margit Frenk propuso la fundación de la revista. Ella la concebía, por una parte, como un centro de convergencia y cohesión de las muy variadas e inconexas expresiones de las investigadoras e investigadores del Centro. Por otra, la publicación debía desbordar las fronteras del campus para constituirse en un medio de enlace entre los especialistas nacionales y extranjeros. No existía una revista académica de alto nivel así, centrada en la literatura mexicana. Y tocaba al Centro de Estudios Literarios, que desde 1956 había venido llevando a cabo una labor fundacional en cuanto al inventario, el registro ordenado y el rescate de nuestra literatura, generar este medio.

La doctora Frenk, coordinadora de la revista, dejó en cada una de las fases del proyecto la huella de su apasionado compromiso académico y su insaciable perfeccionismo —que a veces entraba en conflicto con sus intenciones democráticas.

Los compañeros que integraríamos el comité de redacción hablamos del título, buscando uno que distinguiera la publicación de otras análogas. Nos decidimos por el nombre actual, sencillo y directo.

Discutimos en detalle las características deseables de *Literatura Mexicana*. Semestral. Internacional. Regida por las normas que la Modern Language Association había establecido para el aparato crítico. Abordamos las secciones del índice, la composición tipográfica y el número de páginas.

La revista tendría que abarcar los estudios sobre todos los géneros literarios; ser incluyente histórica y geográficamente en su temática, examinar las manifestaciones prehispánicas tanto como los textos chicanos y los de los intelectuales transterrados. Habría, por parte de los editores, una apertura absoluta y respetuosa hacia todos los enfoques teóricos, concepciones y puntos de vista.

Los ensayos a publicarse debían ser estrictamente inéditos y cada uno tendría que pasar por una doble dictaminación. Este último requisito, que atentaba contra la tradición nacional de la amistad, la conveniencia o la recomendación como criterios selectivos, suscitó algunos conflictos menores.

El contenido de cada entrega sería decidido por el equipo de redacción y todos participaríamos en la revisión de los textos. Margit misma revisó todo el material del primer número, como lo haría con los si-

guientes, con paciencia y rigor, anotando con lápiz detalladas correcciones y sugerencias al margen de cada texto. Muchas.

El número inicial de *Literatura Mexicana* comprendía ensayos y estudios, edición de textos, reseñas y una aportación bibliográfica. En una sección intitulada “Varia” se daba cabida a entrevistas y noticias. No es extraño que a los pocos años de fundada, la revista ingresara al mítico padrón de excelencia del Conacyt.

Literatura Mexicana llega a su mayoría de edad como una revista prestigiada; su continuidad es motivo de júbilo. Felicidades.